

ELOGIO DE LOS SENCILLOS

En sí misma, la palabra “**sencillez**” es hermosa. Produce de inmediato un sentimiento de paz, gozo, orden y facilidad. También suscita la sensación de lo elemental, de lo necesario, sin las complejidades en las que uno se pierde.

¿Quiénes son los sencillos? Primero, los que no complican las cosas. Los que tienen la mirada limpia y, de un solo golpe de vista, encuentran lo que buscan en un cajón de sastre. Porque ponen orden donde la acumulación y el tiempo han puesto desorden.

Sencillos son también los que no tienen el corazón lleno de preocupaciones, intereses, recuerdos ingratos que emergen desbocados y no permiten ver la realidad. En el Evangelio, a los sencillos se les llama también “limpios de corazón”.

También dice Jesús que a éstos y no a los muy entendidos es a quienes Dios ha revelado su misterio. “**Estas cosas**”. ¿Cuáles son estas cosas que Dios revela a los sencillos? A juzgar por lo que sigue, se trata del conocimiento de Dios, del Padre y del Hijo, de su amor. En efecto, esos sencillos, esos limpios de corazón son los que ven a Dios. Lo más simple y necesario, lo único realmente importante en medio de este tráfico opresor, confuso, espeso en que hemos convertido el discurrir por la vida.

Algunos estarán empezando las vacaciones. Que viene de vacar, es decir, de no hacer, de salir de la rutina del quehacer diario. Vacar que consiste en liberar al espíritu humano de la sobrecarga de la preocupación y la complejidad que termina por cansar y producir el tan temido estrés.

Sólo es posible vacar si, huyendo de unas preocupaciones atosigantes, no se mete uno de bruces en complejidades mayores. Vacar es hacer el viaje por la vida sólo con el equipaje imprescindible. Imposible cuando se organizan las vacaciones a base de viajes, hoteles, equipajes, seguros... y, por supuesto, metiéndose de lleno en el barullo de las multitudes, donde no se encuentra espacio ni para caminar.

O séase, que para vacar y descansar también hay que ser sencillos. El campo solitario, un libro, una playa desierta (quizá no sea tan difícil encontrarla, aunque la arena no sea tan blanca y fina o el agua tan caliente), sin barullos de muchos kilómetros, sin tráfico fluido. Quizá hay que conformarse con ver una sala en lugar de un museo entero. O contentarse con contemplar un solo cuadro. Y correr menos klms.

Para quienes buscan lo mejor, el mismo Jesús sugiere el único método sencillo e inteligente: “cuando estés cansado y agobiado, ven a mí. Yo te aliviaré”. Entiendo que esto no es fácil en medio de una sociedad que encuentra el placer en lo múltiple y acumulativo, en el fárrago de lo complicadísimo. Y yo me digo, ¿por qué ir al supermercado, si el producto mejor y más barato lo tienes en la tienda sencilla y limpia a la puerta de tu casa? Cuestión de no complicarse. Sólo lo entienden los sencillos. Claro que para llegar a ser sencillos, también se necesita equipamiento interior.

JOSÉ MARÍA YAGÜE